



**Marlene Hernández, 65 años**  
**Oscar Fernando Martínez, 23**

## **Una musa en busca de su retrato.**

Era el verano de 1947, Marlene Hernández tenía 6 años y vivía en Sao Pablo, Brasil su país natal, fue entonces cuando vivió una experiencia que todavía hoy al cerrar sus ojos recuerda con detalle: un pintor muy famoso de esa época se inspiró en su ternura para inmortalizarla en un lienzo.

A pesar de haber vivido una infancia muy humilde, afirma que siempre estuvo presente el amor, respeto y comunicación, entre sus padres Rosario Gracia Díaz y Manuel Hernández y sus ocho hermanos.

Como descendiente de emigrantes españoles, siempre ha tenido un cariño muy especial por la Madre Patria, revela que un año antes de que estallara la Primera Guerra Mundial, sus abuelos paternos nacidos en Santa Fe, provincia de Granada, Manuel Hernández y Rosa Ruiz López, que no eran muy católicos, huyeron del régimen que se vivía en España al irse a Brasil en 1914.

Mientras que su abuelo materno Juan Gracia Montero, viudo dos veces, acompañado de sus tres hijos Antonio, María y Rosario, originarios de Sevilla, también escaparon tras un viaje en barco que duró 19 días hasta llegar al puerto brasileño de Santos en 1925, el propósito era evitar que el único hijo varón de 19 años fuera a la mili en Melilla, ya que su padre había pasado malas experiencias cuando a él le tocó enlistarse.

Era un 24 de septiembre de 1938, cuando los padres de Marlene, Manuel de 19 años y Rosario, -a punto de cumplirlos-, se casaron en Sao Pablo después de nueve meses de novios.

Luego de firmar el acta matrimonial en el registro civil, los jóvenes esposos para celebrar compraron una bolsita de cacahuates y se fueron al cine, ya que no tenían dinero para hacer una fiesta, pero la felicidad les duró toda la vida hasta la muerte de Manuel en octubre de 1991, mientras que aún vive la mamá de Marlene en Brasil.

Cuando la pequeña Marlene nació en 1940, sus padres vivían en la rúa Caetano Pinto y la situación de pobreza era tal, que comían muy poco y mal.

Pero cinco años después la familia se trasladó a la rúa Maria Domitilia en el barrio del Bras, en la capital del país, ahí se unieron a una vecindad donde había 20 familias de inmigrantes españoles e italianos; a pesar de la pobreza todos se apoyaban para salir adelante.

Luego de trabajar en la construcción del Banco del Estado de Sao Pablo, en 1947 el padre de Marlene inició como vendedor de pescado del mercado central de la capital, montado en una bicicleta recorría todos los días el barrio residencial Acimación.

Como de costumbre, llegó hasta la rúa Mutuca número 22, allí se ubicaba el domicilio del pintor italiano Gino Bruno, y un día el artista sorprendió a Manuel en la cocina de la mansión mientras le explicaba a la criada la forma de preparar una merluza rellena.



Entonces el artista le preguntó si sabía preparar un cocido madrileño y le respondió que sí, pero que su esposa era española y lo cocinaba mejor.

Ante la respuesta, Gino no pudo resistirse y le advirtió que en tres días iría a su casa a probar el guiso, mientras que Manuel sólo se limitó a decir que sería un honor recibirlo en su humilde hogar.

Tras regresar a su casa después de repartir pescados, Manuel le contó a su esposa Rosario la experiencia, pero nunca se imaginaron que el hombre aquel los pudiera visitar.

Llegado el día, la familia como quiera se preparó, Manuel cambió en el mercado alguna de su mercancía por los ingredientes que necesitaba para preparar el cocido, mientras que Rosario planchó y puso su único y bonito mantel en la mesa, a pesar de haber sido un día entre semana, los niños usaron la ropa del domingo.

A la hora de la comida se estacionó un hermoso coche con chofer en la entrada de la vivienda, se bajó el pintor acompañado de su esposa María.

El corpulento artista italiano con su puro en la mano saludó con una gran sonrisa a todos los vecinos que se asomaron ante la presencia de esa gente diferente a su condición social, a Marlene la sorprendió con un "hola bambina".

Los invitados quedaron muy satisfechos con la rica comida que les habían preparado, durante la sobremesa el artista invitó a la pequeña Marlene a su casa para pintarla en un cuadro, y ella con la espontaneidad de un chiquilla aceptó gustosa, mientras que Gino le pidió permiso a Manuel para llevársela en ese mismo rato, y le dijo que le preparara toda la ropa que tuviera, porque tardaría varios días en regresar.

Enseguida el padre de Marlene la sentó en la cama y le preguntó si deseaba irse con el famoso pintor, -esa invitación fue un orgullo para Manuel- y le advirtió que no tuviera miedo, porque él iría todos los días a visitarla.

Marlene recuerda que al llegar a la casa del pintor se sorprendió porque le pareció como si estuviera entrando en un palacio, una larga escalinata de mármol blanco en forma de espiral se imponía en el recibidor.

Segundos después Gino llamó a la criada y le dijo que a partir de ese momento iba a dormir con la niña, y así todas las mañanas la levantaba temprano, desayunaban y salían a dar un paseo por el enorme bosque que rodeaba la mansión.

En cuatro ocasiones Marlene se cambió de ropa hasta que se decidió el pintor por un chándal -uniforme escolar deportivo- color marrón y encima le puso una manta de cuadros pequeños de muchos colores.

Posteriormente la colocó del lado izquierdo de un enorme sillón con matices dorados – confiesa Marlene que lo veía como el trono de un rey- su pequeña mano derecha la levantó sobre el respaldo y la mano izquierda en la cintura, mientras que su pie derecho se apoyaba en su pie izquierdo, su espalda recta y mirado al frente.

En seguida Gino dibujó varios trazos antes de comenzar la obra, inmediatamente montó en su caballete un lienzo del tamaño natural de Marlene y comenzó a pintarla.



Durante un mes completo posó cerca de dos horas en la mañana y la sesión se repetía por la noche, el pintor italiano siempre estuvo acompañado de su discípulo Silvio Alves.

“Tengo grabado el cuadro en mi mente porque siempre lo observaba, cada vez que Gino daba por terminada la sesión me acercaba a él y me preguntaba si me gustaba cómo estaba pintándome”, dice actualmente Marlene con una gran emoción.

Cuando el papá de Marlene iba, el cuadro siempre permanecía cubierto con una manta para que no lo viera, mientras que durante escasos treinta minutos charlaban sobre su estancia en la casa de Gino y que su madre Rosario, le mandaba muchos besos.

Dueños de galerías de arte a diario acudían al amplio e iluminado estudio de Gino, la entonces pequeña modelo ahora revela que se asomaba por entre la balaustrada de la gran escalera y era testigo de dichas visitas, hasta que era descubierta por la criada que se la llevaba a dormir.

Por fin el cuadro fue terminado, el pintor le pidió a la criada que bajara a la niña, cuando Marlene llegó al estudio, que estaba lleno de hombres con copas y puros en las manos, Gino la presentó y todos la saludaron y ella con mucha confianza platicó con cada uno de ellos.

Lo más difícil para Marlene fue al día siguiente de la presentación del cuadro. Hasta hoy en día recuerda con nostalgia, tristeza y con los ojos llenos de lágrimas cuando su padre Manuel contempló la obra terminada a lado de Gino, e ingenuamente le preguntó cuánto dinero quería por el cuadro.

Pero el famoso y cotizado pintor con mucha educación dijo, “no puedes pagarlo, por favor no insistas”.

Gino le explicó a Manuel, que el cuadro ya estaba separado con mucho dinero y que se lo llevarían para Argentina, ése fue el último destino que Marlene supo de la pintura, de la que ni siquiera se enteró del título que le dieron.

Ese mismo día Marlene regresó a su casa y con mucha alegría le platicó a su madre como fueron los días que permaneció en la casa del pintor, aunque con mucha desilusión comenta hoy “mi madre nunca conoció la pintura, aunque se la describí lo mejor que pude”.

Años después el pintor y su esposa murieron a consecuencia de un asalto en su propia casa en Sao Pablo, en donde Marlene vivió una de las experiencias más bonitas e interesantes de su vida.

En la actualidad Marlene vive en Madrid con su segundo esposo español Rafael, y sus tres hijas casadas y seis nietos residen en Brasil.

## Lo importante de la vida



Para Marlene Hernández, el sueño de su vida es publicar en un libro la emigración de sus abuelos españoles al huir a Brasil a principios del siglo pasado, desea contar los sufrimientos de los viajes en barco que duraron hasta 19 días y la manera en que salieron adelante.

Aunque por el momento quiere regresar a Brasil para ver de nuevo a su madre de más de 80 años, a sus tres hijas y seis nietos

Además de todos los valores morales, Marlene valora el amor y la unión de la familia, porque reflexiona y califica como la mayor herencia que le dejaron a ella y sus ocho hermanos sus padres Manuel Hernández y Rosario Gracia Díaz.

También dice tener muy presente que se deben de cuidar las buenas amistades porque es de personas civilizadas ayudar al prójimo.

Reconoce que a lo largo de su vida ha tenido que sufrir épocas difíciles, pero las ha soportado con dignidad y siempre con la mentalidad de seguir adelante y no desestimar nunca.

Con 65 años considera que todavía tiene la fuerza, el ánimo y la alegría de participar en talleres literarios del Centro Municipal de Mayores Nuestra Señora de los Ángeles, porque le gusta mucho leer, escribir, caminar, bailar, cantar y hacer un poco de deporte, como buena brasileña disfruta del fútbol, su equipo favorito es el Corinthians.

A su edad asegura seguir aprendiendo y sus ilusiones cada día son nuevas para afrontar la vida con alegría, ya que dice es una dicha mantenerse activa con sus responsabilidades domésticas y sus pasatiempos.

Le gustaría ser recordada por sus familiares y amigos, con el mismo cariño, admiración y respeto con el que ella recuerda a diario a sus padres y abuelos.

Lo más bonito que le pudiera suceder en los últimos días lo confiesa así, "sería muy lindo y agradable que se conozca y sea publicada parte de mi historia porque lo he dicho con mucho amor, cariño e ilusión, porque todo lo que he contado es verdadero, y me importa mucho que las generaciones de mis descendientes sepan algún día que existí".